Las palomas despiertas

Seudónimo. Roderick Usher

1944

Ascendí las escaleras de la casa de los abuelos a zancadas, con las alpargatas en la mano, rezando para que el crepitar de los peldaños de madera no delatase mi escapada a la azotea. En la mano derecha, como si fuera un preciado tesoro, que de hecho lo era, llevaba un cigarrillo que mi padre había dejado liado y olvidado sobre la mesa del salón.

Yo acababa de cumplir catorce años, y aunque ya había comenzado a ganarme el jornal ayudando a mi padre en las labores de la imprenta que regentaba, después de que mi abuelo lo dejara hacía unos años, aún no me había ganado del mismo modo, el derecho a disfrutar de alguno de los enviciados placeres que se les suponía a los adultos. Era por eso, que cuando lograba hacerme con algún cigarrillo, solía esconderme en la azotea al anochecer, para fumarlo entre ataques de tos contenidos y miradas rápidas hacia la escalera, rezando para que mi padre no ascendiera a la azotea, y me sorprendiera en una de mis furtivas y tóxicas escapadas.

Al llegar a la azotea cerré la puerta a mi espalda con suavidad, y sin demora, encendí el cigarrillo con un mechero de cuerda, tras tener que golpear la rueda con saña no menos de siete u ocho veces. El mechero lo escondía junto a la ventana de mi habitación, y la humedad de la cuerda le restaba fiabilidad. Podía haber evitado aquella incertidumbre que se producía cada vez que giraba con fuerza la rueda del mechero y la piedra no lograba prenderse, simplemente habiendo cogido una de las cerillas que mi abuela guardaba junto al fogón para prender el fuego de la cocina, pero simplemente pensar que podían echar en falta aquel fósforo, y que por lo tanto, pudieran descubrirse mi escarceos con el tabaco, me infringía tanto temor que prefería arriesgarme a tener que volver al interior de la casa sin el áspero sabor del humo inundándome la garganta.

Con el cigarrillo prendido en la comisura del labio, tal y como le había visto hacer a Bogart en "*El Halcón Maltés*", la última película que había visto en la capital, comencé a caminar por la azotea con las manos en los bolsillos y encogiendo el cuello, para intentar protegerme del fresco viento del Norte, que asomaba puntual cada anochecer. Así

llevaba unos minutos, caminando en círculos por la gigantesca azotea, cuando de repente descubrí una sombra en uno de los recodos, allí donde la terraza de la casa separaba por un simple murete de poco más de un metro, de la azotea de la casa contigua, que pertenecía a la familia de Ginés, con los que apenas manteníamos relación por alguna vieja trifulca, de esas que van pasando de generación en generación, incluso cuando ya se ha olvidado qué fue lo la generó.

La figura, apenas una silueta recortada en la oscuridad, era la de un hombre grande, de hombros anchos y caídos. Tan sólo había dos personas excluyéndome a mí que pudieran presumir de tal aspecto en aquella casa; uno era mi padre, que no llegaría a casa hasta bien entrada la noche, cuando hubiera finalizado las partidas de mus en la tasca, y Silesia decidiera cerrar el pestillo. El otro individuo que respondía a tal aspecto era mi abuelo, que llevaba años postrado en una silla, con la mirada perdida y sin decir una sola palabra. Por ese mismo motivo, cuando me acerqué lentamente, escondiendo de forma burda el cigarrillo echando el brazo por la espalda, y descubrí que era mi abuelo quien con la mirada fija en ninguna parte, permanecía sentado en un viejo butacón que siempre había estado en la azotea, no pude creerme que fuera él, ni comprendía el modo en que podía haber llegado solo hasta ahí, pues ni mi madre, ni mucho menos mi abuela, hubieran podido ni aunando sus fuerzas, haber cargado con él por las empinadas escaleras que ascendían hasta la azotea.

Apuré el cigarrillo con dos caladas rápidas y profundas, que me provocaron una arcada que contuve en mitad de un ataque de tos, lo tiré al suelo de gravilla y lo pisé con fuerza, hasta que la colilla se sumergió acompañada de un siseo entre las pequeñas piedras. Avancé hasta donde estaba mi abuelo y me acuclillé frente a sus piernas, apoyando mis manos sobre sus rodillas. Él tenía, como habitualmente, la mirada perdida en el vacío. Sin embargo, una pequeña luz que nimbaba en la bruma de sus pupilas, me hacía ver que algo había diferente en él, era como si la lucidez que hacía tiempo le había abandonado, se asomara muy a lo lejos, en el fondo de su mirada.

- Abuelo, ¿Qué haces aquí? – pregunté sintiéndome estúpido al instante, pues hacía casi dos años que no le habíamos oído articular palabra.

Durante unos segundos nos envolvió un oneroso silencio, únicamente roto por la hermosa sinfonía que en las noches de aquel pueblo, componían los insectos y aves nocturnas, con las lechuzas como maestras de orquesta.

Cuando ya estaba a punto de volver a la casa para avisar a mi madre de dónde se encontraba mi abuelo, éste, con un movimiento demasiado rápido para un octogenario enfermo como él, levantó su brazo diestro y posó su mano sobre la mía, que permanecía apoyada en su rodilla. Sus labios comenzaron a desprenderse lentamente, con suavidad, como si estuvieran sellados con un adhesivo invisible que se fuera desprendiendo poco a poco. Las palabras asomaron de él como en un suspiro. Ya casi no recordaba el sonido de su voz, y al escucharle tuve la impresión de que aquellas palabras no salían de su boca, sino de mucho más adentro. No sabía de dónde, puede que del pozo de su alma, el único lugar que aún no se había secado, ni consumido.

- Están despiertas, siempre están despiertas, porque cuando me duermo se llevan trozos de mi alma. Estarán despiertas hasta que no me quede nada, hasta que se hallan llevado todo – sentenció con apenas un hilo de aterrorizada voz.

Tan sobrecogido como parecía estarlo él, viré la cabeza hacia donde mi abuelo miraba y descubrí que me equivocaba al pensar que tenía la mirada perdida. En realidad miraba hacia una de las paredes de la casa, justo al refugio que las tejas que asomaban del tejado dejaban sobre la pared, y donde cientos de palomas formaban sus nidos. En aquel preciso instante, una innumerable cantidad de ellas nos miraban a nosotros con los ojos muy abiertos, quietas, simplemente mirándonos con sus pequeños y redondos ojos, que centelleaban en mitad de la noche. En aquel preciso momento lo que acababa de decir mi abuelo, después de tanto tiempo sin articular palabra no me parecía en absoluto descabellado, bien pudieran estar esperando a que uno de los dos se durmiera, para robarle el alma. Pero sin embargo no eran sus ojos brillantes lo que más me estremecía, ni la enorme cantidad de ellas que se escondían bajo el saliente de las tejas, lo que realmente me produjo un escalofrío que me dejó sin habla fue la total ausencia de sonido, ninguna de aquellas palomas arrullaba. Si sólo hubiera habido cuatro o cinco palomas, tal vez hasta siete u ocho, ya hubiese sido extraño que todas permanecieran en silencio. Que lo hicieran más de cien, o doscientas, era algo imposible.

Cuando me repuse del auténtico pavor que me provocaba aquella secuencia, corrí escaleras abajo justo en el momento en que mi padre, con un notable olor a vino rancio en el aliento, llegaba a casa. Me costó convencer a toda la familia de que no había sido yo quien había subido al abuelo hasta la terraza, y aún nos costó más regresar su cuerpo entumecido y agarrotado, hasta el sillón de su habitación. En ningún momento del traslado, ni en toda la noche, volvió a decir una sola palabra. Incluso creo que nadie me

creyó cuando les conté lo que él me había dicho de las palomas de la azotea. Ni siquiera lo creyeron cuando al amanecer un nuevo día mi abuela lo encontró exánime en la habitación, tendido plácidamente sobre su cama, con una suave sonrisa dibujada en un rostro de tono amarillento, casi cerúleo.

Yo sin embargo, desde aquel día comencé a mirar con recelo a las palomas. Incluso subí en alguna ocasión a la azotea con el asa de una de las azadas de mi padre, presto a deshacerme de todas ellas. Sin embargo cada vez que subía no encontraba allí ni a una sola de ellas. Era como si supieran con anterioridad, tanto mi llegada como mis intenciones. O puede que jamás ni una sola paloma hubiera anidado al cobijo del saliente del tejado. Después de aquella, la última noche de mi abuelo, cualquier cosa por fantástica que pareciera, me resultaba posible.

1980

Cuando mi mujer me llamó a la fábrica de harinas, donde me empleaba como encargado de almacén, ya supuse que algo había ocurrido en casa. Apenas faltaban unos minutos para que el último camión saliera de la dársena de carga, y pudiera bajar la persiana de la empresa. Marta era una persona muy cerebral y sosegada, a la que costaba poner nerviosa, que me llamara por un problema del que no podía ocuparse no era propio de ella. Por eso llamé al jefe, le conté lo que ocurría y en cuanto llegó apenas cinco minutos después, cogí mi *Seat 127* y con un casete de *Deep Purple* sonando, para tratar de evadirme de la preocupación en la que me había sumido la llamada de Marta, recorrí el largo trayecto que separaba la ciudad donde se ubicaba la fábrica, del pueblo donde yo aún vivía, en un piso de reciente construcción, cerca de la casa de mis abuelos, que ahora seguían ocupando mis padres, ya ancianos.

Cuando llegué a casa la noche ya se había echado sobre el pueblo, y las farolas apenas alumbraban las calles principales. En mi piso, mi mujer acompañaba a mi madre en salón, que temblaba con el rostro hundido entre las manos. Observando la escena y sabiendo que mi padre ya se acercaba a la novena década de edad, consumiéndose poco a poco por una enfermedad poco conocida por aquel entonces, que iba devorando al hombre desde dentro, comenzando por sus recuerdos, hasta hacerlo con su cuerpo, di por hecho que la llama de su vida se había extinguido en la cama de la que apenas se levantaba con ayuda, para ir a la bañera donde mi anciana madre, se deslomaba para mantenerle aseado.

- ¿Padre? – pregunté tartamudeando.
- No, no, no – respondió acelerada mi madre -. No ha muerto – continuó -.
- Ha desaparecido, no está en casa – puntualizó mi mujer, apretando con dulzura los castigados hombros del paño del lágrimas en que se había convertido mi madre.
- Sé que parece imposible, pensábamos que se había caído por el balcón, aunque ya me parece increíble que lograra ponerse en pie. Pero nadie sabe nada, nadie le ha visto, no sabemos adónde puede haber ido – resolvió mi madre, abriendo las palmas de las manos ante ella, como si mi padre se hubiera esfumado de entre ellas.

La realidad de lo que podía haber sucedido se me antojo tan evidente como estremece-dora.

- ¿Habéis mirado en la azotea? – pregunté enarcando una ceja

Tanto mi madre como mi mujer me miraron confundidas. Desde hacía años la azotea permanecía cerrada. Aunque cuando era más joven, mi madre tendía allí la ropa, para que la secara el viento del norte que barría el pueblo por las noches, con el paso de los años se le hacía muy pesado subir hasta allí, cargando con un cesto de ropa húmeda. Además el que mi padre enfermo hubiera llegado allí resultaba todo un imposible, aunque cuando mi madre dedicó unos segundos a pensar la pregunta, el recuerdo de lo que había ocurrido con mi abuelo décadas atrás, y que en su día nadie creyó de mis labios, se le apareció como si fuera el fantasma de las navidades pasadas.

- Es imposible – me dijo, más para convencerse a sí misma que a mí.

Comenzó a incorporarse del sofá, pero con un ademán de mano le pedí que volviera a sentarse, para después girar sobre mí mismo y salir del piso, a la busca de un viejoes-pectro, al cual aún no había vencido.

Mientras ascendía por las escaleras escuchando el crepitar quejumbroso de la vieja ma-dera bajo mis pies, volví a experimentar la misma sensación que décadas atrás, cuando descubrí a todas aquellas silenciosas palomas que, según mi abuelo, jamás dormían para robarle el alma. Cuando atravesé la puerta que me esperaba abierta, ni siquiera dediqué un solo instante para dudar sobre su posible ubicación, y avancé hacia donde en su día encontré a mi abuelo. Me resultó curioso comprobar que ni siquiera me sorprendió en-

contrarle allí, sentado sobre el mismo butacón que mi abuelo, en la misma posición, mirando hacia el mismo lugar, un lugar al que yo no me había atrevido a mirar por miedo a encontrarlas ahí de nuevo. Antes tenía que arrodillarme ante mi padre, rezando para que fuera lo que fuese que le hubiera llevado a aquella azotea, ya maldita para mí, no fueran las palomas, unas palomas despiertas y tan malditas como aquella terraza.

A mi padre le temblaba el labio inferior, y una lágrima perdida se posaba sumisa sobre sus huesudas y oscuras mejillas. Antes de que comenzara a hablar, algo que tal y como ocurrió con mi abuelo, hacía años que no sucedía, ya sabía las palabras que asomarían desde la profundidad de ese cuerpo, de su alma, del lugar donde anida el miedo, el último sentimiento que aquellas palomas despiertas lograban extraer en un último estertor.

- Están despiertas, siempre están despiertas, porque cuando me duermo se llevan trozos de mi alma. Estarán despiertas hasta que no me quede nada, hasta que se hallan llevado todo – repitió palabra por palabra, como si él mismo hubiera estado treinta y seis años atrás en ese tejado acompañando a su padre.

Giré lentamente la cabeza, sabiendo que estarían allí y así fue, bajo las tejas que asomaban del tejado, más melladas y ennegrecidas que en mi anterior visita, cientos de palomas nos miraban con sus centelleantes ojos negros, redondos e inexpresivos.

Aún no sé cómo logré dominar el pavor que me envolvía de la cabeza a los pies, sólo recuerdo la ira, el rencor por lo que le habían hecho a mi abuelo, y lo que parecían estar haciéndole del mismo modo a mi padre. Me había criado en la creencias propias de los pueblos, donde las raíces y las plantas sanan mejor y más rápido que las inyecciones, y un mal de ojo puede echar a perder toda una vida. En aquel momento la obviedad de que aquellas palomas, silenciosas y despiertas, robaban el alma, era una certeza tan clara como que el sol presidía el día y la luna, la noche. Agarré con rabia una vieja escoba de gruesas y retorcidas cerdas, y me lancé con rabia contra las palomas, lanzando tantos mandobles como gritos, cuando la escoba se estrellaba contra la pared, y las palomas caían muertas sobre el suelo de la azotea.

Perdí el control sobre mí mismo, durante un par de minutos, tal vez tres, puede que incluso cuatro, tan sólo la ira y la firme determinación de aniquilar aquellas palomas me movía. Escuchaba los golpes secos que yo mismo daba con el final de la escoba sobre el bajo tejado donde se protegían, escuchaba el sonido que las palomas caídas hacían al chocar contra la gravilla del suelo, lo que no escuchaba empero, era el arrullo de las palomas, ni ningún quejido al recibir los golpes, ni siquiera el aleteo rápido de alguna de

ellas intentando escapar de una muerte segura. Cuando, al cabo de unos minutos el cansancio hizo que cayera derrotado al suelo entre los cuerpos laxos de mis víctimas, sólo mi propio sollozo lastimero rompía el silencio. Las innumerables palomas que habían sobrevivido a mi ataque continuaban mirándome tranquilas, silenciosas, con los ojos abiertos, sabiendo que ellas eran quienes realmente tenían el poder. Podía matarlas a todas allí mismo, pero llegarían otras, otras palomas que eternamente despiertas, nos devorarían el alma.

Tras recuperar en parte el resuello perdido, me reincorporé apoyando ambas manos sobre el suelo. Me levanté y sacudí con vigor las manos, para que las pequeñas y afiladas piedras que se habían adherido a las palmas al apoyarme sobre ellas, se desprendieran. Mientras lo hacía giré la cabeza hacia donde había encontrado a mi padre. Seguía sentado en el mismo lugar, pero su cuerpo ligeramente ladeado y su cabeza, apoyada sobre el hombro, hicieron que todo un manantial de lágrimas asomaran al balcón de mi mirada. Avancé lentamente hacia él, me arrodillé a su lado y lo abracé con fuerza. Hacía años que su mente le había hecho olvidarnos, había hecho que olvidara que hubo un tiempo en que tanto mi madre como yo lo éramos todo para él, sin embargo, abrazando lo que ya simplemente era un cuerpo vacío, me sentí mucho más cerca de él que lo que lo había estado durante los últimos años. Seguramente porque después del capítulo vivido años atrás con mi abuelo, repetido en aquel anochecer con mi padre, podía prever mi propio destino.

Aquella misma noche, mientras mi mujer y mi madre velaban entre lágrimas el cuerpo de mi padre, senté a mi unigénito Vidal y le narré punto por punto lo sucedido en aquella azotea en dos generaciones. Le hablé sin ningún tipo de reparo, ni temiendo que me tratará como si hubiera pedido el juicio. Siempre me había mostrado como un padre cabal y justo, y esperaba que cuando pasasen los años, si todo había de acaecer tal y como yo vaticinaba, recordase la conversación que estábamos manteniendo y no me dejase llegar a esa azotea, donde las palomas llegarían para arrancarme el alma poco a poco, a pequeños picotazos, hasta que no quedara nada. No era así como quería que acabaran mis días, aunque la enfermedad del olvido ni siquiera me permitiera comprender qué estaba sucediendo, no deseaba que al final lo único que quedase del hombre que en ese momento era, fuera un cuerpo decrepito y mancillado por el Alzheimer, y el recuerdo de los que dejaba atrás y aún recordaban quién había sido.

En el rostro de mi hijo se unieron las lágrimas que nacían por mi petición, con las que se secaban sobre sus mejillas por la pérdida de su abuelo. Asintió, y me juró que no dejaría

que en mi senectud, si es que la misma enfermedad que había alcanzado a mi padre y abuelo también me alcanzaba a mí, las palomas despiertas me encontrasen. Me lo juró, y yo le creí.

Aquella noche la pasé llorando y sintiéndome confuso al mismo tiempo, pues no sabía si la pena que me alcanzaba era por el padre recién perdido, o por el cadalso sobre el que el futuro parecía querer postrarme.

2012

Es curioso como cambia la percepción del tiempo con los años, y con ello todo lo que es importante para uno. Cuando era joven, incluso cuando me encontraba en mitad de mi vida, basaba mi felicidad en tener una buena casa, un buen coche y que a mi familia no le faltara de nada. Sin embargo ahora, cumplida con creces mi octava década de edad, la felicidad consiste en ver amanecer un nuevo día, en que la dentadura no se me mueva mientras mastico un filete, y en poder visitar la tumba de mi llorada Marta, al menos una vez al mes. Supongo que a medida que avanzan los años, sabiendo que nos queda menos sobre este suelo, basamos nuestra felicidad en cosas más pequeñas, y por lo tanto, más sencillas de obtener.

Hace tres años, dos después de estrenar mi triste condición de viudo, y ante la posibilidad de que los acontecimientos se precipitaran y me llevaran a la enfermedad que alcanzó anteriormente a mi padre y abuelo, mi hijo pensó que sería buena la opción de ingresarme en un centro geriátrico, donde en mis últimos años de vida, gozaría de tranquilidad y toda clase de atenciones. Al menos eso es lo que afirmaba mi hijo, aunque en mi fuero interno, la sombra de la comodidad de tener al anciano padre interno en un asilo, era una realidad más que asumible. Al menos, hacía tres meses había llegado a la residencia con lo que en otras circunstancias hubiera sido una triste noticia, que sin embargo, hizo que algo parecido a una sonrisa de alivio asomase en mi boca, curvándose levemente mis envejecidos labios de octogenario. La vieja casa que había visto crecer a mi abuelo, padre y a mí mismo, había sido derruida después de que la vendiera a una constructora que, afortunadamente para mi hijo, no se había dado cuenta de que la crisis del ladrillo también alcanzaba a los pequeños pueblos.

Por un instante pensé en las palomas, aquellas palomas despiertas cayendo con los restos de la casa, sepultadas entre una pila de escombros formados por restos de tejas, adobe y ladrillos polvorientos. No había tenido nada que ver en el resultado final, pero me

sentía orgulloso de su trágico final. En realidad me sentía tan orgulloso como estúpido por no haber tomado esa decisión yo mismo, mucho tiempo atrás. Así que sabiéndome a salvo, al caer la noche y, burlando la vigilancia de las auxiliares que dicen velar nuestros sueños, mientras roncan plácidamente frente a los monitores de imágenes verdosas y tartamudas, un atardecer de abril subí a la terraza de la residencia sin más compañía que mi viejo e inseparable de fresno y una vieja bata con las mangas repletas de manchas de café. Ya son demasiados años sin ver un anochecer por miedo. Aunque me encontrase a cientos de kilómetros de la azotea, ese miedo irracional hacia lo desconocido, había impedido que nunca me hubiera atrevido a visitar otra azotea desde el episodio vivido con mi padre, y necesitaba exorcizar a un fantasma que me había acompañado durante demasiado tiempo.

Ascendí las escaleras y abrí la puerta que daba a la terraza de suelo de terrazo, donde en los periodos de tiempo plácido, la terapeuta ocupacional nos preparaba juegos que en la mayoría de los casos nos hacían parecer tontos. La residencia se encontraba en el extrarradio de la ciudad, y desde allí podía observar como el sol caía por detrás de los edificios más alejados de donde yo me encontraba, achicharrando los colores del paisaje. Era como si me encontrara viendo una pintura al óleo, ejecutada por una mano virtuosa. La verdad es que hacía tiempo que no veía un paisaje tan bello, o puede que hiciera mucho tiempo desde la última vez que me detenía a admirar la belleza de cuanto me rodeaba.

Al final de la terraza me senté sobre un pequeño murete, sobre el que un pasamanos de acero, impedía que los ancianos nos precipitáramos al vacío desde la terraza. Fue entonces cuando las sentí, cuando un pequeño escalofrío que nació en mi nuca, comenzó a extenderse con velocidad por todo mi cuerpo, atenazando cada uno de mis músculos y erizándome el cabello.

Viré la cabeza con lentitud hacia la puerta por la que había accedido a la azotea y ahí estaban, las palomas despiertas, recorriendo el tejadillo que guiaba la azotea una hilera de palomas, oscuras e inmóviles, me miraban en silencio. Eran tantas y estaban tan juntas, las unas con las otras, que calcular el número aproximado de ellas, era imposible.

Hubiera podido moverme y salir de allí tan rápido como hubiese podido, ó, aunque mis fuerzas eran escasas, podía haber derribado con mi viejo bastón, tantas como pudiera hasta que las fuerzas se me agotasen por completo, pero no pude. De repente, fue como si una fuerza invisible me sujetara brazos y piernas, y me obligara a mirar a los cientos de pequeños ojos que sentía cada vez más dentro de mí. Tan dentro, que en pocos segundos ya no podía pensar en nada más que no fueran aquellas palomas. Poco a poco

fui perdiendo incluso la noción del tiempo, por eso no sé cuánto tiempo pasé allí hasta que por la puerta aparecieron varias mujeres vestidas de blanco, junto a un hombre que con el rostro hinchado, húmedo y enrojecido, avanzó hacia mí y me abrazó con fuerza. Pero yo sólo podía pensar en las palomas.

- Están despiertas, siempre están despiertas, porque cuando me duermo se llevan trozos de mi alma. Estarán despiertas hasta que no me quede nada, hasta que se hallan llevado todo – le advertí.

El hombre se comportó de un modo extraño, lloró de forma profusa y arrebatándome un bastón que ni siquiera sé por qué sujetaba entre mis manos, se lanzó con furia hacia las palomas, hasta que las mujeres de blanco le detuvieron entre gritos abalanzándose sobre él. Además me ha llamado padre.

¿Padre?